

de sanar las enfermedades de nuestro ánimo, y desarraigadas las aficiones ó perturbaciones ó pasiones malas; y desta manera, siendo puros y santos, como él lo es, nos trasformemos lo más que podamos en su semejanza. Así que, no tengamos aborrecimiento á nadie, y deseemos y trabajemos por hacer bien á todos. Cuanto más, dejadas las cosas corporales, te levántares á las espirituales, tanto vivirás vida más divina. Así vendrá á ser que conozca Dios en tí como un parentesco ó semejanza de su divina naturaleza, y se deleite en ella, y more como en un verdadero y propio templo suyo, que le será mucho más acepto que éstos de piedra ó de metal. San Pablo dice: «Es santo el templo de Dios, que sois vosotros.» Si tenemos, pues, en nuestra posada tan grande huésped, con grandísimo cuidado le hemos de detener, y no le habemos, con nuestros pecados y maldades, de despedir ó echar della.

Todas las obras corporales van sin gusto delante de Dios, si la buena voluntad no les da sazón.

Has de pensar que donde quiera que estés muy retraído y apartado de la vista de las gentes, estando solo, y áun allá dentro del corazón y en lo más secreto de tu ánimo, está Dios por árbitro y testigo y juez de todo cuanto piensas. Teniendo, pues, reverencia y acatamiento á su presencia, guárdate, no solamente de hacer cosa fea ó torpe ó mala, mas áun de pensarla. La caridad para con Dios ha de ser, que le tengamos en más que á todo el universo, y que amemos más su gloria y honra que todas las honras y provechos deste mundo.

Y como un amigo, cuando se le representa su amigo á la memoria, se le ensancha el corazón con una piadosa alegría, que sale de la buena voluntad que le tiene; así es menester procurar de tener grande amistad con todas las cosas divinas, y que así nos sean agradables y gustosas, y que las tratemos de muy buena gana, con gran gozo y alegría.

Todas las veces que oyes este nombre de Dios, hásete de representar que significa una cosa divina y admirable, mayor que la que el humano entendimiento puede concebir.

Lo que se dice dél y de los santos no lo oyas descuidadamente, como cuentos de hombres; óyelo con la admiración y reverencia que se debe. No pienses ni digas nada de Dios ligeramente, sin ir acompañado con temor y acatamiento.

Así digo que es contra religión burlarse hombre con las cosas sagradas, ó tomar los dichos de la sagrada Escritura y servirse dellos, traerlos en la boca, aplicándolos en cosas de burla ó fuera de propósito, ó en cuentos ó fábulas fingidas ó en dichos maldicientes, que es como derramar cieno en la medicina que os habia de dar salud; mas aplicarlo á cosas sucias, esto ya es cosa maldita é intolerable.

Todo cuanto allí vemos, ántes nos hemos de maravillar dello que pensar que lo entendemos, y hémoslo de recibir con grandísima humildad y con debida reverencia.

Mira que estés en el oficio sagrado con atención y devoción, pensando que todo cuanto ves y oyes es sacro, santo y purísimo, y que todo se endereza á aquella inmen-

sa majestad de Dios, la cual fácilmente puedes adorar y es imposible poderla comprender. Así que, has de pensar que no basta la fuerza del ingenio humano á entender la sabiduría divina. Aun los dichos de los sabios, aunque no los entendemos, los estimamos en mucho; ¿cuánto es más razón de hacer honra á las cosas divinas?

Cuantas veces oyes nombrar á Jesucristo, tantas veces se te acuerde de la inestimable y infinita caridad que nos tuvo, y esta memoria sea con gran agradecimiento y placer y veneración.

Cuando oyes algun título ó nombre de los que se suelen dar á Jesucristo, levanta tu entendimiento á contemplarle y suplicarle que sea tal para contigo; como cuando le oyes nombrar piadoso, ruégale que puedas tú sentir su piedad y misericordia; cuando oyes que es omnipotente, pídele que lo muestre en tí, volviéndote bueno siendo malo, tomándote por hijo habiendo sido su enemigo, haciéndote algo de nonada. Cuando le llaman terrible, suplicale que espante á los malos enemigos que te espantan. Cuando le llamas señor, mira que te obligues á servirle. Cuando le das título de padre, persuádate amarlo, y haz que seas tal, que merezcas ser hijo de tal padre.

Mira bien que no hay cosa en todo el universo, grande ni pequeña, que si miras su principio, su naturaleza y propiedad y fuerza, no te ponga en camino para considerar las maravillas de Dios, hacedor de todas las cosas, y que no te dé ocasion de adorarle.

No pongas mano en comenzar obra ninguna sin pedir primero su favor; porque Dios (en cuya mano están los medios y los fines) dará deseado fin á la obra que comenzare en él.

Cualquier cosa que hayas de aprender, ántes que pongas mano en ella, mira bien el fin á donde va á parar; y cuando hubieres tenido buen consejo, y hecho en ella lo que debes, no te fatigues por lo que pueda suceder.

Ten tu confianza puesta en aquel en cuyo poder está puesto todo lo que ha de suceder de cada cosa.

Y pues que la religión verdadera no está en las cosas que se muestran por defuera, sino en el secreto del corazón, trabaja de entender lo que rezas; mira que no sea tu rezar hacer solamente gestos con los labios; mas cuando rezas mira que todo tu ánimo, tu entendimiento, tu pensamiento y semblante estén puestos sólo en aquello que haces, porque no haya cosa que no se conforme con tan excelente obra.

Las palabras de Dios abominan de quien entiende en sus obras negligentemente.

Si parece mal á un músico tañer una canción y cantar otra diferente, ¿cuánto es peor, estando diciendo á Dios nuestra oración, que diga la lengua una cosa y que tengamos otra en el corazón?

Lo que demandáremos á Dios sea con templanza, y sea cosa digna, que á él se le demande y que él la dé, porque no se ofenda con nuestras demandas necias y fuera de propósito.

## CAPITULO X.

Del comer y del sueño.

Cuando vas á comer, acuérdate de la omnipotencia de Dios, que crió todas las cosas de nonada; de su sabiduría y bondad, que las sustenta; de su misericordia y clemencia, pues entretiene y provee á aquellos que se hacen sus enemigos. Considera cuán maravillosa obra es proveer sin cesar cada día de mantenimiento á todo cuanto vive en el mundo, y conservar todas las cosas y entretenerlas en su sér, caminando ellas de suyo á la muerte. No pases por esto á ojos ciegos; míralo bien, que no hay sabiduría de hombres ni de ángeles que bastase, no solamente á hacer aquesta obra, mas áun á entenderla. Así que, pues ya sabes que vives de sus bienes, mira qué maldita ingratitud, qué locura tan de hombre perdido es osar tomar enemistad con aquel cuya inmensa bondad y benditísima voluntad te sustenta; pues si no fuese por ésta, no sería bastante todo el mundo á entretener te un momento.

En la mesa haya pureza, castidad, cordura, santidad; de manera que todo parezca á aquel cuyas mercedes nos mantienen.

La murmuración, la malquerencia y crueldad destiéralas siempre de tí, y especialmente de tu mesa; en la cual reconoces y sientes regalo y infinita misericordia de Dios. Por lo cual es cosa más intolerable que con desabrimiento, aspereza y aborrecimiento de tu hermano ensucies el lugar donde con mano abierta usa Dios contigo de una blanda mansedumbre.

Lo cual áun los gentiles no ignoraron, que por este respeto llamaban alegres todas las cosas que eran dedicadas á la mesa, en la cual se tenía por gran maldad hacer ó decir cosa triste ó que pusiese espanto.

Y pues Dios, que es omnipotente, sapientísimo y liberalísimo, tiene de tí tan particular cuidado, deja ya esa demasiada fatiga que tienes de cómo te has de sustentar. Mira que es desconfiar de su bondad. Ten solamente cuidado de cómo le has de contentar y agradar y servir.

¿No es grandísima locura hacer alguna maldad ó pecado, pensando que por ella te has de poder mantener; y ofender á aquel que solamente provee el mantenimiento, y que enojas á ojos vistas á aquel de quien sólo has de recibir la merced? Principalmente que no se conserva la vida con manjar, sino con la voluntad de Dios, segun que la Escritura declara, que el hombre no vive con solo el pan, sino con una palabra que sale de la boca de Dios. Sello tenemos y firma de la mano de Jesucristo, que no se podrá dejar de cumplir, pues él es Señor de cuanto hay en el cielo y en la tierra, en que nos promete que no faltará cosa de cuantas un hombre tiene necesidad, á aquellos que buscan su reino y su justicia.

Allende desto, destos bienes que Dios nos da y quita segun su santísima voluntad, pues él contigo es tan liberal, mira no seas tú escaso con tu hermano, que también es su hijo; mira que todos somos hijos de Dios, y que no te debe más á tí que al otro; mas sólo quiso que fueses tú el dispensero y ministro de estos bie-

nes, á quien, despues de Dios, quiso que tu hermano los pidiese.

No hay cosa que más verdaderamente se pueda decir que se da á Cristo, que aquello que se da á los que tienen necesidad.

Habiendo comido, considera cuán incomprendible saber y poder es el de aquel que sustenta nuestra vida con estas cosas que comemos, y la repara y entretiene yendo ella á caer.

Da pues gracias á Dios, no como las darías á quien te hubiese dado dinero para comprar vianda, sino como se deben dar á aquel que te crió á tí y crió al mantenimiento, y le hizo por tu respeto y te sustenta con él, no con la fuerza que de suyo tiene, sino con la que él fué servido de darle.

Cuando vas á reposar y cuando te levantas, acuérdate de las infinitas mercedes que Dios te ha hecho, y de las que ha hecho á todo el género humano y generalmente á todo el mundo.

Piensa cuántas asechanzas puede poner nuestro enemigo estando nosotros durmiendo como cuerpos muertos, sin ser señores de nosotros; por lo cual con más instancia hemos de suplicar á Cristo que nos defienda, reconociendo nuestra flaqueza.

Y hemos de tener cuidado de no dar ocasion con pecados al bendito ángel que es nuestra guía y nuestra guarda, para que él no nos deje de su mano ni nos desampare. Haste de amparar haciendo la señal de la cruz en la frente y en el pecho, y interiormente con piadosas oraciones y pensamientos santos.

Cuando entras en la cama piensa que cada día es una imagen de la vida humana, al cual luego sucede la noche y el sueño, que es figura y representación expresa de la muerte.

Así que, hemos de rogar á Jesucristo que en la vida y en la muerte siempre nos sea presente y favorable, y que nos dé gracia para pasar aquella noche con reposo y con sosiego, y que no nos espanten los ensueños, y que estando durmiendo esté él presente, teniéndole nosotros delante de nuestro entendimiento, y que recreados con sus consuelos, podamos llegar á la mañana sanos y buenos y alegres, teniendo en la memoria el incomparable precio de su santísima muerte, con que fué redimido todo el linaje humano.

Guarda tu cama casta y limpia; no halle en ella entrada ni derecho aquel inventor de toda maldad y suciedad. Él desistirá, desesperado de todo lo que pretende, si te defiendes dél con la señal de la cruz, con agua bendita, con llamar el nombre de Dios, y principalmente con santos pensamientos y con firme determinación de vivir bien y religiosamente.

Levantándote de mañana, encomiéndate en Jesucristo, al cual da gracias que no has sido vencido y oprimido aquella noche con engaños y envidia del malvado y cruel enemigo. Y acuérdate que como has dormido y despues has despertado, así nuestros cuerpos despues de la muerte han de dormir, y que Cristo los ha de resucitar cuando se mostráre juez de los vivos y los muertos; al cual con grandísima humildad é instancia ruega que él haga de manera que tú puedas pasar todo aquel día en su servicio, sin perjudicar á nadie y

sin que tu bondad sea perjudicada; y que yendo amparado de piedad cristiana, te puedas escapar libre y salvo de tantas redes y lazos que por todas partes nos pone nuestro enemigo para hacernos caer.

A la santísima Virgen María, benditísima de Dios, y á todos los otros santos y santas, hónralos y tenlos en veneracion y estima, y como amigos que son de Jesucristo, que vive para siempre en los siglos de los siglos.

Lee y oye atentamente y de buena gana y á menudo sus hechos y sus vidas, con veneracion y con ánimo piadoso, porque te aproveche para tomar ejemplo que imitar. No hables dellos, ó no pienses como pensarias de otros hombres, sino como de quien se han levantado ya sobre la cumbre de la naturaleza humana, y están allegados y ayuntados á la Divinidad. Mas como haya entre los hombres grandísimo parentesco, por la semejanza que todos tenemos, así en el cuerpo como en el ánimo, y como hayamos todos en esta vida sido criados con una misma ley y un derecho, sin que por naturaleza tengan los unos más que los otros los privilegios que acá hemos inventado; y como Dios nos hiciese para que nosuviésemos compañía y ayuntamiento, y que hubiese conformidad entre todos; para que ésta se conservase promulgó por la naturaleza una ley general: que nadie hiciese á otro lo que no querria que hiciesen con él.

El Reparador de la naturaleza, que andaba ya caída por el suelo, declaró que ésta era su sentencia y que aquí venía á parar su doctrina, poniéndola mucho más clara y más ilustre de lo que hasta entónces estaba. Porque para levantar á la naturaleza humana todo lo que en ella se sufre poderse levantar á semejanza de Dios, y para ponerla en el último punto de su perfeccion, no solamente mandó que nos quisiésemos bien los unos á los otros, sino que amásemos á los que nos aborrecian, porque fuésemos semejantes al Padre celestial, que ama á los que son sus enemigos, como lo declara cada día con las mercedes infinitas que les hace, y que no tiene aborrecimiento con nadie.

Aun hay más, y es, que la naturaleza secretamente nos da á entender este mandamiento que Cristo declaró; pues vemos que la inclinacion de los hombres es tal, que quieren que les tengan buena voluntad aquellos á quien ellos aborrecen.

## CAPITULO XI.

De la caridad.

El Maestro sapientísimo, que nos enseñó cómo habíamos de vivir, y nos lo declaró en fin tan sabiamente, como quien habia sido autor de nuestra vida, un singular precepto nos enseñó para vivir, que fué, que amásemos; sabiendo él bien que si amamos, serémos perferamente bienaventurados, sin que tengamos necesidad para esto de otras leyes. No hay cosa más bienaventurada que amar, y por esto Dios y los ángeles son felicísimos, que aman todas las cosas; ni hay cosa más infeliz que aborrecer, por la cual pasion son los demonios malaventurados.

El verdadero amor todo lo iguala: donde él vive no sufre que haya competencias, no quiere nadie pasar el

pié adelante, ninguno quiere tomar lo que es de aquel á quien bien quiere, pues se tiene persuadido que él goza de lo que posee el otro. No levanta zancadillas ni pleitos á su hermano, ni piensa que le injuria aquel á quien él ama. Así jamas piensa en venganza, ninguno tiene envidia de su amigo, ni se alegra con sus males, ni le carcomen los bienes que posee; ántes (como dice el Apóstol) se goza con los alegres y llora con los tristes; y esto no con fingimiento ni con disimulacion, sinc verdaderamente de buen ánimo, porque el amor hace que todas las cosas sean comunes, y realmente tiene por suyo lo que es de aquel que ama.

El verdadero dechado de este mandamiento, que tenemos puesto delante de los ojos para que le podamos imitar, son las obras y la vida de Cristo; porque vino el Hijo de Dios, no solamente para enseñarnos con palabras el derecho camino de bien vivir, sino para allanarle él primero con su santísima vida, y llamarnos á que le sigamos, tomando dél ejemplo, para que abiertos nuestros ojos y alumbrados con la claridad de su claro sol, pudiésemos ver lo que era cada cosa.

Primeramente, habiendo pasado por una infinidad de trabajos, siendo ejercitado en todo género de paciencia, ¿qué templanza y moderacion nos mostró? Siendo él todopoderoso, siendo injuriado con tan grandes y recias afrentas, nunca volvió mala palabra; solamente seguía su intento de enseñarnos el camino por donde pudiésemos llegar á Dios, abominando del que de esto nos aparta. Sufrió ser detenido y atado el que solamente (como dicen) con hacer del ojo podia en un momento trastornar todo el mundo. ¿Con qué paciencia sufrió los falsos testimonios que le levantaron? Finalmente, de tal manera se hubo, que ninguno conoció su poder sino solamente en ayudar y socorrer. Siendo rey y señor de todo lo criado, por el cual el Padre hizo este mundo, ¿con qué sufrimiento permitió que le pusiesen é igualasen con la más soez y baja gente del mundo? ¿Cómo sufrió no tener cosa propia, y que á sus ministros, que él tanto amaba, viniesen á faltar mantenimientos? Siendo el Hacedor y Gobernador de toda la naturaleza universal, no se eximió de las faltas y daños de nuestra naturaleza humana. Tuvo hambre, sed, cansancio, tristeza y congoja. ¿Para qué pensais que de su voluntad se puso él en estos trabajos y los sufrió de buena gana, sino para darnos ejemplo? Tan amigo fué que hubiese paz y concordia, amor y caridad entre nosotros, que por respeto desto, tras ningun vicio dió más que tras la soberbia y tras los que della nacen, arrogancia, ambicion, porfias, desacuerdos, enemistades; mostrándonos que ni de las cosas exteriores ni de las del cuerpo no hay ninguna de que podamos tomar posesion por nuestra, pues todas son advenedizas y ajenas; ni áun de las interiores, ni de la virtud, pues Dios es el que las da, y las quita á los que con ellas se levantan, no conociendo la fuente y el principio de donde manan, y menospreciando á aquellos para cuyo provecho les hizo Dios merced dellas.

Y para acabar de todo punto de romper la soberbia, porque no se preciase nadie ni se alabase por estar súbdito á la religion, ni estuviese de sí muy satisfecho por guardar bien la ley, dijo: «Cuando hubiereis hecho

todo lo que os he mandado, decid: Somos siervos inútiles.»

Aquí veréis cuán grande es la locura de aquellos que se alaban de ser consumadamente cristianos, y se precian de guardar la ley más que otros, pues ninguno sabe de sí si hay en él virtud, ó si es digno de gracia ó aborrecimiento, ó si es más rico en virtud aquel á quien piensa que deja atras, ó si es llamado para el ayuntamiento de los santos, ó reprobado y desechado para miseria perpétua. Por esto mandó Dios que no juzgásemos los unos de los otros, pues todos somos ciegos y ignorantes de los retraimientos que hay en el corazon; y este juicio reservó para sí, que sabe bien escudriñar el pecho; porque las cosas exteriores, que solamente nos están puestas á la vista, no son firmes, sino inciertas señales de lo que dentro yace.

No sea pues que por haber hablado una vez un hombre (como hacen muchos locos), ni por cien veces, no, ni por continua conversacion que con él hayas tenido, des resoluta sentencia de su ingenio, de sus virtudes y de sus vicios.

Grandísimos y obscurísimos son los secretos y escondridijos que hay en el corazon humano. No hay vista de hombre que pueda llegar allá. Y pues Cristo con su muerte ganó y puso en libertad todo el linaje humano, y con tan inestimable precio el rescató y redimió de la servidumbre del demonio, no menosprecie nadie ni ose poner su ánima al tablero; pues fué tan grande el amor que nuestro Señor le tuvo, que se puso por ella á la muerte.

Nuestro Señor generalmente fué crucificado por todos, y particularmente por cada uno de nosotros. Tampoco tengas esperanza que se ha de servir Cristo de que tú aborrezcas á aquel á quien él ama. El Señor quiere que en esta moneda le pagemos: que así como él nos amó siendo siervos y malos y habiéndolo desmerecido, así amemos nosotros á aquellos en compañía de los cuales servimos al mismo Señor.

Aquí en esta vida dió principio al amor que han de tener los hombres los unos con los otros, y al que han de tener con Dios: quiero decir, que aquí puso el fundamento de nuestra bienaventuranza, y en el cielo la acabó y perfeccionó.

Así que, ésta es la vida y la gracia de Jesucristo, que en sabiduría excede y va de vuelo á todo humano ingenio; en razon y justicia es muy conforme y conveniente á los que algo entienden; con infinita bondad llama y atrae á todo el mundo.

No piense nadie que es cristiano, ni tenga confianza que Dios le ama, si tiene aborrecimiento con alguno, pues Cristo, sin exceptar á nadie, nos encomendó todos los hombres. Pues á quien Dios te encomendó, si él no lo merece, ámale tambien, porque Dios, que lo mandó, es digno que le obedezcas.

No bastan de suyo los ayunos ni abstinencias, ni las limosnas, aunque des todo cuanto tienes á los pobres, serán bastantes para ponerte en la gracia de Dios; ni hay cosa que á esto baste, sino el amor que tienes á los hombres, segun su bendito apóstol lo enseña.

No veas hombre en el mundo á quien no pienses que has de tener en lugar de propio hermano, con cuya

prosperidad no te regocijes, y te entristezcas con su adversidad, y á quien no procures de ayudar todo lo que pudieres.

No disminuya esta aficion ser de otra ciudad, ni ser de otra nacion, de otro parentesco, de otra profesion, ni de otro estado ó condicion. De todos nosotros Dios es solo padre; y así, siguiendo la doctrina benignísima de Cristo, cada día le llamamos padre, y él nos reconocerá por hijos si nosotros tenemos por hermanos á todos los demas que él tiene por sus hijos.

No te desprecies de tener tú por hermano á quien Dios tiene por bien de tomar por hijo. Dios trajo la paz y concordia y amor. El demonio, astutísimo en tales tramas, urde bandos, inventa particulares provechos con daño ajeno, trama diferencias, porfias, riñas y guerras.

Dios, cuya santísima voluntad es que todos fuésemos salvos, comunica entre nosotros amor y bienquerencia. El diablo, que querria que fuésemos destruidos ó perdidos, siembra enemistades. La concordia hace que las cosas pequeñas se aunen y que crezcan. La discordia las deshace y destruye, por grandes que sean.

Los que trabajan de hacer paz firme y perpétua entre los hombres, ó de conservarla, serán (segun dice Cristo) llamados hijos de Dios. Éstos son los verdaderos pacíficos de quien él habla. Los que andan sembrando enemistades y procuran de despegar la caridad de los hombres, éstos son hijos del diablo.

La cosa más maldita que hay en las enemistades es, cuando la diferencia se viene á averiguar por las manos ó por fuerza, que es la que (si intervienen muchas gentes) llaman guerra, en la cual el hombre excede en fiereza á todos los otros animales. Sabed que no es cosa de hombres, sino de bestias, como el vocablo latino *bellum* lo declara y significa.

Esta abomina la naturaleza, que engendró al hombre sin armas, para mansedumbre y comunicacion y conformidad de la vida; Dios la maldice y abomina, que totalmente en todas maneras quiere y manda que nos tengamos caridad los unos á los otros.

Ni hay hombre que ilícitamente pueda hacer guerra á otro, ó perjudicarle y hacerle daño, sin caer en pecado.

Si hay alguno que piensas que te tiene mala voluntad, pon trabajo y diligencia en aplacarle luego, de una manera ó de otra.

No dejes por ruegos, ni por humildad, ni por oro ni por plata, ni por cosa desta vida, de estar bien con todo el mundo; que éste es el más breve camino que nos lleva á Dios.

No te burles de nadie, ni le escarnezas: piensa que lo que á aquel vino podia venir á quien quiera; ántes da gracias á Dios que no te cupo á tí aquella suerte, y ruégale que no te venga; y al que así está afligido consuélale ó dale algun remedio; ó si no puedes, haz siquiera que conozca en tí buena voluntad.

De crueles es gozarse de los males ajenos, y no tener lástima de aquellos que son de tu mesma naturaleza.

Sé misericordioso con los hombres, y alcanzarás la misericordia de Dios. La fortuna y los casos humanos á todos son comunes; á cada uno de nosotros amenazan, y cada uno está sujeto á ellos. Con este amor que

debes á los hombres, el bien más conveniente que les puedes hacer consiste en procurarles el mayor bien nuestro, que es la virtud, y en trabajar de hacer á todos buenos, ó á los más que pudieres. No hay cosa más desconforme ni más desconveniente á amor, ni hay obrar más de enemigo, ni que pueda á otro más perjudicar, que es si, ó con persuasion ó con ejemplo, ó incitándole, ó de otra manera, le haces malo.

La mayor perfeccion es amar aunque seas aborrecido; mas muy más seguro es, y que da mayor contentamiento, querer bien y ser bienquisto.

No hay más ciertas riquezas que las amistades firmes. No hay más segura guarda que tener leales amigos. El sol quita del mundo quien quita de la vida la amistad. Mas la amistad verdadera y firme y que ha de durar, solamente es entre los buenos, entre los cuales, como quieren un mismo bien, muy fácilmente caja el amor.

Los malos ni pueden ser amigos entre sí, ni tener amistad con los buenos.

Para que te quieran bien, el más cierto y más breve camino es amar. No hay cosa que tanto pueda atraer á amar como el amor. Despues desto, lo que más atrae el amor es la virtud, que de suyo se hace siempre bien querer; tanto, que nos convida y trae á amar ánn á aquellos que nunca conocimos.

Casi las mismas fuerzas tienen las señales de la virtud, como ser un hombre manso, moderado, vergonzoso, humano, bien criado, afable; si no dice ni hace nada en que dé muestra de arrogancia, de presuncion, de desvergüenza; si es dulce y blando y sencillo en todas sus cosas.

El consejo que antiguamente algunos gentiles dieron, debajo de una falsa prudencia, porque no diésemos del todo la rienda suelta á la amistad, que dice que te refrenes en el amor como si hubieses de venir á aborrecer, ó que así te hayas con tu amigo como si algun día hubiere de ser tu enemigo, es como derramar ponzoña en la amistad. Mas aquello que añadieron es muy provechoso y saludable: «Aborrece como si hubieses de venir á querer bien.»

En la amistad no haya pensamiento de enemistad, ni creas que te puede ser enemigo aquel á quien tienes por amigo; que de otra manera la amistad será tan flaca, que andará colgada de un pelillo; en la cual ha de haber fe, constancia, simplicidad y llaneza; de manera que ni tú seas sospechoso, ni des los oídos á gente sospechosa.

Créeme, que no se puede llamar vida la que pasan los sospechosos ó los témorosos, sino una larga y continua muerte. No seas curioso en inquirir vidas ajenas ni en escudriñar lo que otros hacen; porque desto nacen muchas enemistades. Y los que esto hacen, por la mayor parte suelen ser descuidados de lo que les toca, teniendo demasiada solicitud en cosas ajenas.

Cosa es de hombres de poco entendimiento andarse tras conocer á otros, y no conocerse á sí mismos.

No solamente has de amar á los hombres, mas has de reverenciar á los que es razon, y tratar con ellos con veneracion y honestidad y templanza; que en esto está mucho hacer el hombre lo que debe. No pienses que va

poco en considerar en dónde, ó con quién, ó delante de quién estás.

#### CAPITULO XII.

De el respeto que hemos de tener á unos, y del buen tratamiento que se ha de hacer á otros.

Estando delante de las gentes haya templanza y moderacion y buen asiento en todo el cuerpo, y mucho más en los ojos y en el rostro; no haya muestra en él de presuncion ni de menosprecio; no haya gestos ni se muestre desvergüenza; haya serenidad y sosiego, que son señales de ánimo sereno y sosegado.

El verdadero atavio del rostro, que nos hace bienquisto, y que todos nos deseen favorecer, es la templanza y vergüenza; y así no hay nadie más aborrecido que el que la tiene raída. Bien podemos deshuciar aquel que ha perdido la vergüenza de hacer mal. Tampoco quiero que sea el rostro bravo, ni ánn demasiado grave, que son señales de ánimo cruel y que se puede mal gobernar. No te rias á menudo ni des grandes risadas; no salga la risa á burlar de nadie, ni pase á carcajadas.

Piensa que no hay cosa que te pueda dar tan grande placer, que te fuerce á levantar gran risada; mas para reir bien puede haber algunas causas, pero para burlar ó escarnecer no hay ninguna. Burlar de lo bueno es ilícito y es gran maldad, de lo malo es crueldad, de lo que ni es bueno ni malo es necedad. Mofar de los buenos es cosa contra religion, de los malos es cosa cruel, de los que conoces es fiereza, de los que no conoces es locura y liviandad; y finalmente, burlar de hombres es inhumanidad.

Los ojos estén graves y sosegados, las manos no prestas ni ligeras. No burles de manos; que de burlas vienen á las véras.

La verdadera honra, que nace de buena reputacion y acatamiento del ánimo, da solamente á los buenos; y á los que tienen oficio público ó de justicia, aunque no sean tales, hazles siquiera esta comun honra exterior; obedécelos aunque te manden cosas recias y graves y pesadas; que así lo quiere Dios, porque haya sosiego en la república.

Haz lugar á los que son ricos; ántes procura de contentarlos que enojarlos, por no los incitar á que hagan mal á ti ó á otros buenos.

Levántate y haz acatamiento á los ancianos; ten en reverencia á la edad y al conocimiento, uso y prudencia de muchas cosas que suele haber en aquella edad.

No seas escaso en hacer honra; no la tengas á peso, mirando cómo te la hacen otros, para dalles la mesma medida; ántes (como el Apóstol manda) procura de ganar por la mano. No saludar al que saluda, ó no volver buena respuesta á quien os habla cuando lo ois, ó es de barbaridad extremada ó de un flojo descuido.

¡Cuán poco es y cuán poco cuesta saludar, ser afable, ser bien criado, honrar á todos! y es de considerar cuán gran fruto da una cosa que tan poco cuesta, cómo por aquí os haceis bienquisto, cómo ganais muchas amistades; y por el contrario, cómo os traen todos sobre ojo, ó cómo perdeis las amistades que teneis ganadas, si sois en esto descuidado.

¡Cuán grandísima simpleza es no querer ganar la buena voluntad y amor de todos por una cosilla que tan poco cuesta!

Cuanto un hombre es de mejor casta ó está mejor criado, tanto es más manso y más afable á todos. Y así vemos que menospreciar á otros, tener hastío de hablar, ó hablar desabridamente, nace ó de bajeza ó de grosería ó de necedad. De aquí vino que la ciencia en que los hombres nobles y principales se criaban, ejercitando y puliendo sus buenos ingenios, la llamaron ciencia de humanidad. Si á vos no os saludan ó no os responden, pensad que ántes lo dejan por descuido y poca consideracion que porque os tienen en poco. Si os hablan desabridamente, ó si no os dan la honra que os parece que se os debe, atribuido ántes á la ruin costumbre ó mala condicion, que á mala voluntad; glosando las cosas de esta manera, viviréis descansada, alegre y santamente; porque así á todos querréis bien, y no pensaréis que nadie os ha ofendido ni hecho agravio.

Un dicho es muy antiguo y usado, que dice: «Si quieres ser verdadero, no seas sospechoso»; que por palabras nuevas podriamos mudar en un dicho, que todos antiguamente sintieron: «Si quieres vivir sosegado, no seas sospechoso.»

Mira qué ni en el semblante, ni en dichos ni en hechos no parezca que menosprecias á nadie. Si eres ménos que otro, ¿cómo quieres que quien está puesto más adelante sufra que tú le menosprecies? Si eres más que él, ¿por qué por menospreciarle te quieres hacer dél malquisto?

No hay nadie que pueda sufrir el menosprecio; porque ¿quién hay que piense de sí que es tan bajo, que merezca ser menospreciado?

Muchos trabajan por no venir en menosprecio; mas al respeto muchos más trabajan de vengarse si los habeis tenido en poco. No hay nadie tan poderoso, á quien la fortuna alguna vez no le traya á tener necesidad de gente comun. Allende de todo esto, ninguno á quien Dios toma por hijo merece ser menospreciado, si ya no vienes también á menospreciar en esto el juicio de Dios. Y muchas veces, si mirásemos con buenos ojos á los hombres que andan echados por los suelos, pisados de las gentes, hallariamos entre ellos quien mereciese ser honrado, acatado y casi adorado.

#### CAPITULO XIII.

De las palabras.

Dios dió la lengua á los hombres por instrumento con que se comunicasen y se allegasen en compañía los unos con los otros, á la cual nuestra naturaleza nos llama y atrae.

Esta es causa de grandes bienes y de grandes males, segun que cada uno usa della; y así muy sabiamente la comparó el apóstol Santiago al timon de el gobernal de una nao: hémosle de tener la rienda y hémosle de poner freno, porque ni perjudique á otros ni á sí mesma.

No hay cosa que más presto nos haga estropezar en el pecado, ni que más ligeramente nos haga caer en él de ojos.

Ni digas á nadie mala palabra; no le maldigas; no le perjudiques ni en hechos ni en palabras, ni en cosa que le pueda tocar en la honra.

No sueltes la lengua con desvergüenza, ni la desenfrenes, ni te vayas (como dicen) de la boca, aunque te hayan dado ocasion para ello; que si así lo haces, delante de Dios, y ánn delante de hombres cuerdos, más te perjudicas á tí que aquellos de quien dices mal.

Responder á una mala palabra con otro denuesto es como querer limpiar alguna cosa sucia con lodo.

Amenazar es cosa de mujeres bajas y malas.

No seas tan sentido ni te hagas tan delicado, que te traspase una palabrilla.

Guárdate de procurar de parecer bien hablado en maldecir ni en afrentar á nadie; que en el mal de tu prójimo más valdria que fueses mudo.

No seas muy curioso en reprender, sólo en mirar que no haya que tachar en tí.

Reprendiendo alguna cosa con razon, no uses de palabras recias ni ásperas, ántes mezcla en ellas alguna virtud dulce, que temple y mitigue el desabrimiento que de suyo trae la reprension. Mas no sea de tal manera, que la ablandes tanto, que se pierda el provecho de la correccion ó que caigas en lisonja.

Feo vicio es la adulacion, torpe á quien la dice, dañosa al que la oye. Has de tener por cierto que no hay cosa en el mundo tan grande, que sea bastante á hacerte torcer de la verdad. No han de bastar las riquezas, ni el parentesco, ni amistad, ni ruegos, ni amenazas, ni miedo de la muerte, ni peligro cierto, para sacarte de la verdad. Desta manera ganarás autoridad y crédito y será estimado todo lo que dijeres; de otra manera, todos te menospreciarán, y ánn juzgarás que no mereces que te oigan.

Tu hablar sea templado, modesto, bien criado; no áspero, ni rústico, ni como de hombre que sabe poco. Tampoco en el hablar ha de haber demasiado cuidado ni afectacion; que pues hablamos para que nos entiendan, no hemos de hablar de manera que hayamos menester intérprete.

No tomes autoridad de hablar cosas que pese á las gentes de oirlas; ni sea tu plática reprendedora, ni áspera, ni blanda, ni afeminada, ni lisonjera.

Hay una cierta medianía, en que podemos nosotros guardar nuestra reputacion y la de otros. Hémos de guardar de desvergüenza ó suciedad en las palabras, como de ponzoña. No seas muy presto en el hablar; si gan las palabras al pensamiento; no se adelanten jamas, ni respondas ántes de entender bien la materia que se trata, ni ántes de tener bien entendido lo que dijo ó lo que pensó aquel con quien hablas.

No hemos nosotros de tomar la licencia que Tulio daba á Atico, cuando le rogaba que si no sabía otra cosa, que á lo ménos le escribiese lo que primero se le viniese á la boca. Esta licencia pudo solamente darse á una persona tan dulce, tan sábia, tan moderada y tan bien hablada como fué Atico; y lo más seguro sería no usar jamas della; porque ánn cuando más descuidados estamos entre amigos, no ha de faltar un cierto respeto de no decir cosa que pueda ser principio de romper la amistad.